

y buenos; es necesario el trato y conversacion con unos y otros; pero el alma que oye las sólidas instrucciones de la virtud, sabe hallar el medio de aprovecharse de los buenos ejemplos de los unos, sin que le contaminen y manchen los excesos de los otros. Pero ¡ó Dios mio! ¿he seguido yo esta doctrina los muchos años que tan inútilmente he pasado ya en este mundo? ¡Oh, y cómo en este punto me confunden los remordimientos de mi conciencia! Las concurrencias peligrosas, las compañías de iniquidad, las conversaciones pecaminosas, ó á lo menos los discursos vanos é inútiles, han sido por lo comun la ocupacion de mi alma. Esta se ha angustiado muchas veces conociendo bien las sangrientas heridas que en tales conversaciones ha padecido. Yo me he visto tibio, indevoto, y muchas veces pecador é iniecto. Conozco, Señor, mis yerros, y de aquí en adelante propongo no oír mas palabras que las de vuestra divina sabiduría; no escuchar otros discursos que los que vuestro divino espíritu sugiere continuamente á mi entendimiento; y emplear todas mis conversaciones en el importante y único negocio de mi eterna salud. Lejos de mí, de aquí en adelante, la asistencia á aquellas reuniones de hombres ociosos, que malogran las horas que les concedéis para llorar sus culpas y merecer vuestra bienaventuranza; lejos de mí la asistencia á aquellos espectáculos profanos en que se manchan las costumbres, y en que se atropellan los derechos de la virtud: lejos de mí, finalmente, toda conversacion que no trate de vuestros divinos atributos, de los ejemplos de vuestros siervos, y de los ejercicios que pueden conducir para agradaos y servirlos, y conseguir la salvacion de mi alma.

---

 SAN PEDRO REGALADO, CONFESOR.

San Pedro Regalado, á quien Dios tenia destinado para ser ejemplo de santidad, prodigio de penitencia, y modelo de perfeccion religiosa, reformando el austero instituto que estableció en la Iglesia san Francisco, nació en Valladolid, por los años del Señor de 1389, de padres esclarecidos por su antigua nobleza, y mucho mas por su piedad y cristianas virtudes. Su padre se llamó Pedro Regalado, y su madre doña Maria de Costanilla, quienes recibieron de sus progenitores ilustres gran copia de bienes de fortuna. Pero era tanta su piedad y misericordia con los pobres y necesitados, que parecian mas bien procuradores ó dispensadores, que dueños de sus riquezas. Siendo todavía Pedro tan niño, que apenas podia conocer á su padre, le faltó este, llevándosele Dios para darle el premio debido á su gran misericordia y á las muchas limosnas con que la ejercitaba. Quedó en poder de su madre, viuda, la cual le educó santamente, instruyéndole y acostumbrándole á los ejercicios de piedad que ella misma ejercitaba. Llevábale consigo cuando iba á confesar al convento de san Francisco; y como el ejemplo de los padres es el aliciente mas poderoso para formar el corazon de los niños, y aficionarlos á los ejercicios de virtud, se arraigó esta tan profundamente en aquella inocente alma, que al paso que iba creciendo, iban admirándose en él las fecundas semillas que con el tiempo habian de producir tan copiosos y sazonados frutos. Manifestaba mucho gusto en asistir á los templos y á los divinos officios, y el ver á su madre frecuentar los sacramentos despertó con anticipacion en el santo niño unos encendidos deseos de alimentarse con el pan de vida que bajo

del cielo; lo que hacia con sumo consuelo de su alma. Entre tanto no se descuidó su madre de hacerle aprender con un buen maestro las primeras letras, y cuanto convenia saber á un jóven de su noble estirpe. Pero Dios tenia sobre Pedro mas altas miras, y con la frecuencia en ir al convento de san Francisco con su madre, fué poco á poco inspirando en su corazon la vocacion y santos deseos de alistarse entre los hijos de tan grande patriarca.

En efecto, á los trece años se sintió movido de una mano invisible y poderosa que le estimulaba á abrazar el instituto religioso. Ejercitose muchos dias en fervorosa oracion, pidiendo á Dios fuese servido declararle el camino por donde queria ser hallado; consultólo con su padre espiritual, y certificado por él de que aquella vocacion era del cielo, comunicó á su madre la determinacion que tenia de hacerse religioso. Era natural en ella la repugnancia, considerando que Pedro era el único hijo varon que la habia quedado; que de él solo pendia principalmente la continuacion de su noble estirpe y de su casa; que las prendas amables con que el cielo habia enriquecido al jóven, daban lugar á concebir de él las mayores esperanzas; y últimamente, el amor de madre, la ternura de su edad, y la dulce compañía que en su viudedad la hacia, eran suficientes motivos para manifestar sino aversion y repugnancia, á lo menos disgusto ó indiferencia. Nada de esto sucedió: como una fervorosa Ana convino en dedicar á su pequeño Samuel al templo, para que en él sirviese al Señor toda su vida. Hizo por sí misma las diligencias necesarias para privarse de un hijo tan amado, y además de ofrecer al santuario una victima tan perfecta y tan preciosa, tuvo el mérito de ofrecerla con resignacion, con conformidad, con gusto, con alegría, con complacencia.

Tomó el santo jóven el hábito de franciscano claustral en el mismo convento que tanto habia frecuentado en compañía de su madre; y en pocos dias conocieron los religiosos el tesoro de virtudes que Dios les habia enviado. Luego que Pedro se vió agregado á los hijos de Francisco, levantó sus ojos á este grande patriarca, y le tomó por dechado para ajustar todas sus acciones. Mortificacion de todos los sentidos, abstraccion del mundo, silencio, retiro, contemplacion, humildad, y una subordinacion perfecta á la voluntad de su superior, fueron las principales virtudes que resplandecian en sus obras. Practicaba con puntualidad y alegría los ejercicios mas humildes, sin olvidar por esto el cuidado de instruirse completamente en la regla que se proponia observar en todo el discurso de su vida. Como su vocacion no habia sido una llamarada pasajera del espiritu, formada por los acasos de la fortuna, sino un llamamiento positivo de la divina gracia, permaneció todo el año del noviciado sin aflojar un punto en el rigor y exactitud con que habia comenzado. Esta constancia en la virtud certificó á los religiosos de su aptitud para un estado tan perfecto; y así, cumplido el tiempo establecido para su probacion, no dudaron en admitirle á la profesion, la cual hizo Pedro á los catorce años de su edad, segun permitian los cánones en aquel tiempo. Apenas se vió profeso, consideró que debia ir de dia en dia aprovechando en la virtud. Redobló su fervor, sus ayunos, sus oraciones y penitencias; y entregado enteramente á la vida espiritual, hizo progresos tan asombrosos, que los mas provecetos tenian en él mucho que aprender, y muchísimo que admirar. Era el primero en cualquier ejercicio penoso, sin que jamás pudiese su caridad hallar disculpa para dispensarse de la menor molestia, con tal que de ella resultase el obedecer á sus superiores ó el consuelo de sus

hermanos. Particularmente se deleitaba en asistir á los enfermos é imposibilitados, y por asquerosas que fuesen las enfermedades, ó impertinentes los enfermos, nunca se retraía de su asistencia, antes bien allí asistía con mas frecuencia y gusto, en donde conocía que había de estar mas mortificado. Pero como el instituto riguroso del santo patriarca había padecido alguna relajacion inseparable de la flaqueza y miseria humana, no hallaba todo el fomento que deseaba la severidad de su espíritu para imitar á san Francisco en la parte de penitente y riguroso. Vivía por esta causa algun tanto desconsolado, deseando proporciones de entablar una vida mas austera, pero temeroso de hacerse singular en la regular observancia que entre los claustrales florecía.

Oyó Dios los secretos suspiros de su corazón. Ya había veinte años que fray Pedro de Villacreces, varon de sobresaliente virtud y de eminente sabiduría, había emprendido en sí mismo la reforma del instituto franciscano. Deseoso de reducir á la práctica la verdadera pobreza que estableció su santo patriarca, y de dar fuerza y vigor á sus santos preceptos, se había retirado á un lugar escabroso y desierto en el término de Covarrubias, á hacer vida pobre, penitente y solitaria, y pedir á Dios le diese fuerzas y auxilios para entablar la reforma que pretendía. Veinte años gastó en oraciones, mortificacion y lágrimas, apartado enteramente del comercio de los hombres, y encerrado en una horrorosa y estrecha gruta que parecía mas bien un sepulcro. Al cabo de este tiempo se presentó al mundo, en traje tan pobre y con semblante tan penitente y austero, que mas parecía un esqueleto que un hombre. Dirigió á su general sus súplicas para que le permitiese poner en ejecucion el proyecto de reforma, y con su licencia la comenzó en el eremitorio de Nuestra Señora de la

Salceda, en la provincia de la Alcarria; pero bien fuese porque los padres claustrales de Toledo reclamasen aquel sitio como suyo, ó por otra causa, Villacreces lo dejó, y tuvo que buscar en otra parte sitio á propósito para sus intentos. Ya Dios le había determinado, señalándole con luces milagrosas, cerca de Aguilera en el obispado de Osma, cuyo obispo, dicen, era pariente del santo Villacreces, y por tanto propenso á favorecer los evangélicos designios que este manifestaba. Entabló, pues, con el obispo la pretension de que le cediese aquel eremitorio de Aguilera, en donde había edificado una iglesia, y puesto un sacerdote con un ministro que le ayudase á misa. El prudente obispo, que estaba bien informado, no solamente de la sabiduría y sólida virtud del reformador, sino de lo necesario y conducente de la reforma, no tuvo dificultad alguna en ceder generosamente el eremitorio y la iglesia, ofreciendo además su proteccion y autoridad para llevar á debido efecto la empresa. Tanto puede conseguir la virtud, cuando se manifiesta en su traje sencillo, y libre de los resabios de la ambicion ó interés.

Entre tanto que se trataba este negocio, vivía san Pedro en Valladolid empleado en fervorosos ejercicios, pero anhelando siempre por vida mas semejante á la de su penitente patriarca. A esta sazón se presentó en aquella ciudad el santo Villacreces, cuya vista llenó de terror y de edificacion á cuantos le vieron. Iba vestido de un sayal sumamente tosco, descalzo de pié y pierna, consumido de penitencias, y predicando con su mismo ejemplo la reforma que deseaba establecer. Había entre los mismos claustrales muchos religiosos que llevaban á mal la relajacion que se había introducido, y no apetecían mas que una ocasion oportuna para declararse en favor de la reforma. Uno de ellos era san Pedro, el cual, aunque hacia poco

que habia profesado, con el fervor de su grande espíritu se habia adelantado á los demás. Luego que entendió las facultades que tenia del general el padre Villacreces para admitir al nuevo método de vida á todos los que quisiesen profesarla, se fué á verle, le comunicó sus intentos, y le pidió ardientemente que le llevase consigo. El reformador, viendo la excelente índole de aquel jóven, sus adelantamientos en la virtud, y las grandes esperanzas que ofrecia de mayores medras, le admitió con mucho gusto como un don que el cielo le ofrecia para cimentar sobre sólidas virtudes el edificio de su reforma. Regalado, por su parte, quedó igualmente consolado, mirando á Villacreces como á un ángel que Dios le habia enviado para satisfaccion de su espíritu y santificacion de su alma. Habiendo llegado al eremitorio, se desnudó del hábito de claustral, y se vistió el saco de la nueva reforma, profesando en manos de su bendito maestro todo el rigor de la observancia segun la regla primitiva de san Francisco. Once años permaneció en este lugar el santo, dedicado á todos los ejercicios de las virtudes, y empleado en las mayores austeridades. Su pobreza era suma, pues algunas veces llegó hasta faltar aceite para la lámpara del Santísimo; su comida se reducía á algunas legumbres, pocas en cantidad, y mal condimentadas; la oracion era continua, los ayunos sin interrupcion, y las penitencias ásperas y multiplicadas. Observó por muchos años las nueve cuaresmas que llaman de san Francisco, en que se comprendía la mayor parte, ó por mejor decir casi todo el año; y de los días que le quedaban libres destinaba muchos al ayuno de pan y agua, sin que jamás se permitiese la condescendencia de una lijera colacion por la noche.

Con la continuacion en orar llegó á tan alto grado de contemplacion, que en ella era alimentado su es-

piritu con extraños regalos del cielo. Padecia frecuentemente raptos ó éxtasis, y eran tan vehementes, que le vieron muchas veces levantado en el aire, siguiendo lo terreno de su cuerpo la misma direccion que llevaba su espíritu. A estos éxtasis acompañaba una circunstancia maravillosa, y era el rodearle un resplandor tan claro y luciente, que, aunque fuese de noche, parecia que era de día; y los que estaban lejos llegaron á juzgar alguna vez que ardía el convento de Abrojos, y fueron atropelladamente cargados de agua é instrumentos para apagar el incendio. En medio de tanta sublimidad de espíritu, no dejaba de atender á las cosas mas bajas y menudas; no habia ocupacion humilde, ni ejercicio trabajoso y despreciable en que no fuese el primero; y tan risueño se veia su semblante cuando barria el convento, ó andaba de puerta en puerta solicitando de la piedad de los fieles el alimento para sus hermanos, como cuando embebido todo en Dios disfrutaba en la oracion sus soberanos favores. Ardía su pecho en caridad por la salvacion de sus prójimos, y conociendo que para lograrla mejor seria conducente el sacerdocio, halló entre sus continuos ejercicios de piedad tiempo oportuno para estudiar la ciencia de Dios en toda su extension, hasta hacerse capaz, no solamente de ordenarse de sacerdote, sino de hacer admirable fruto en las almas por el ministerio de la palabra. En uno y otro sentia indecibles delicias su espíritu: la alegría que mostraba en la conversion de los pecadores, y la celestial dulzura que sentia su alma al consagrar el cuerpo y sangre de Jesucristo y alimentarse con tan divino manjar, manifestaban claramente que, aunque Pedro vivia en carne mortal, estaba por su fervor transformado en ciudadano del cielo.

Por este tiempo fué Dios servido de coronar los grandes merecimientos del santo Villacreces, lleván-

dole á gozar de su gloria; y habiéndose juntado los religiosos de los dos eremitorios, el de Aguilera y el de los Abrojos, para elegir vicario, todos de comun consentimiento eligieron á san Pedro, que brillaba entre los demás por sus virtudes como el sol entre las estrellas. Aceptó el gobierno como una carga que Dios ponía sobre sus hombros para que la llevase en beneficio de la religion y de sus hermanos; y así rigió como un padre benigno que ama á sus hijos, aun cuando la justicia y el mismo amor le obligasen á corregir sus defectos por medio del castigo. Era manso, dulce y benigno con los humildes y apocados; pero duro, severo é inexorable con los soberbios y contumaces. Iba delante de todos con su ejemplo, para que á ninguno le fuese pesado el rigor de la observancia. Jamás caminó sino á pié y descalzo, sin omitir por esto los ayunos acostumbrados, ni dispensarse de la oracion, largos rezos y multiplicadas fatigas. Defendió con teson y constancia los derechos de la nueva reforma, acometida desde sus principios por muchos emisarios del comun enemigo que procuraba su destruccion, rezeloso de los grandes perjuicios que con el tiempo le habia de causar. Con este motivo padeció deshonras, calumnias y persecuciones las mas sangrientas; pero cimentado bien en la humildad, y siguiendo el ejemplo de aquel que dió su vida en una cruz por sus ovejas, lo toleró todo con suma paciencia, y prevaleció su constancia contra las astucias del dragon infernal.

En medio de los peligrosos cuidados de la prela-  
 cía, no desatendió un punto el principal de su propia  
 santificacion; bien cierto, que de nada le serviría  
 ganar todo el mundo si padecía el menor detrimento  
 su alma. Fortaleció esta con el escudo inexpugnable  
 de todas las virtudes; pero en las que mas sobresa-  
 lia su agigantado espíritu eran las tres teologales,

como base y fundamento de todas las demás. Su fe  
 era tan viva, que jamás llegó á persuadirse que po-  
 dia accidente alguno de la tierra turbar la serie de  
 tantas ocupaciones como se habia impuesto, para  
 continuar y propagar la santa observancia. Dios mis-  
 mo la premió diferentes veces con repetidos milagros,  
 haciendo que en el breve espacio de una hora pudiese  
 andar en ayunas, á pié y descalzo, catorce leguas,  
 para cumplir en diversos lugares con las obligaciones  
 de su ministerio. Su confianza en Dios era firme, y  
 cual podia prometerse de su viva fe; y así sucedió  
 que, teniendo necesidad de pasar del eremitorio de  
 Abrojos á algun sitio vecino para ejercitar la piedad,  
 no dudó en extender su capa sobre las aguas del  
 Duero, y pasar sobre ella al otro lado. Pero en lo  
 que mas resplandeció este gran siervo de Dios, fué  
 en la sublime virtud de la caridad para con Dios y  
 sus prójimos. Las obras maravillosas que con estos  
 ejecutaba, manifiestan claramente el incendio que  
 ardia en su pecho. En cualquiera parte que encon-  
 trase á algun necesitado, le abrazaba, le consolaba,  
 y no le dejaba ir hasta haber remediado enteramente  
 su miseria. Si por casualidad encontraba algun pobre  
 enfermo en el camino, le levantaba con sumo aga-  
 sajo, le ayudaba y sostenia; y si no podia andar, le  
 ponía sobre sus hombros, y le llevaba al convento.  
 Allí le disponia toda suerte de medicinas y regalos  
 hasta que recobraba la salud, y quedaba muy con-  
 tento y satisfecho con besar los piés y abrazar mu-  
 chas veces caritativamente á aquel pobre que tan  
 vivamente le representaba al mismo Jesucristo. Com-  
 padeciase en extremo de los leprosos, á quienes  
 asistía y curaba con mas esmero, besaba sus asque-  
 rosas llagas, y muchas veces premió el cielo este  
 fervor de su ardentísima caridad, sanando milagro-  
 samente á aquellos infelices. Pero semejantes mara-

villas se habian ya visto patentemente por todos, en confirmacion de lo gratas que eran á Dios las limosnas y obsequios que este santo varon empleaba en el socorro de los menesterosos.

Estaba el santo empleado en el oficio de portero en el convento de Abrojos; y como su corazon compasivo no podia ver una necesidad sin procurar inmediatamente remediarla, era tanta la limosna que daba, que llegaron los religiosos á murmurar de él, y solicitar del guardian que pusiese oportuno remedio. Entre los muchos infelices, se señalaba por su desolacion y su miseria una pobre viuda destituida de todo auxilio humano, y con la carga de tres hijos pequeñuelos, que aumentaban su dolor y su miseria. Un dia fué esta pobre á pedir limosna á la hora de comer: advirtieron todos los religiosos que estaban en el refectorio, que Regalado tomó con grande precipitacion muchos pedazos de pan y de carne, y echándolos en la falda del hábito, iba á salir hácia la portería. Entonces el prelado le mandó detenerse delante de todos, y le dijo: *Gran priesa llevais, fray Pedro; ¿qué es eso que teneis en la falda?* Turbóse el santo algun poco, conociendo el principio de donde nacia la pregunta; pero vuelto en sí, respondió: *Padre, llevo rosas para darlas á una pobrecita que tiene de ellas necesidad.* — *Mostradlas al punto,* replicó el guardian. Entonces el bendito religioso, lleno de un santo pudor, abrió la falda, y vieron todos con admiracion convertidos en rosas los pedazos de carne y pan que ellos mismos habian visto antes con sus ojos. Admiraron la bondad de Dios, que tan maravilloso se manifiesta en sus siervos; le dieron infinitas gracias por un hecho tan milagroso, y vuelto á él el prelado, le dijo: *Id, Padre, en el nombre del Señor, y dad esas rosas á la pobre que las necesita; y no solamente eso, sino dad cuanto fuere vuestra voluntad,*

*que para eso nos lo concede liberalmente la divina beneficencia.*

Una de las muchas gracias con que le adornó el cielo en premio de su santa vida, fué el don de profecia, con el cual decia de antemano los sucesos futuros, y veia las cosas que estaban muy distantes de su presencia. Una noche estaba con sus religiosos cantando los maitines, y concluidos, mandó que se vistiesen algunos ministros las sagradas vestiduras, y precedidos de la cruz y del acetre, los llevó á la ribera del rio Duero que pasa por allí cerca. Admiraban los religiosos una determinacion tan extraña por todas sus circunstancias; pero poco despues de haber llegado á la orilla del rio, cesaron sus dudas y creció su admiracion, viendo venir por el rio, y hácia la parte en que estaban, el cadáver de una mujer, que por defender su castidad se habia precipitado en las aguas. Sacáronlo, y le dieron honrosa sepultura, alabando á Dios que tales cosas habia revelado á su siervo, pues era imposible que se supiese el caso por ningun medio humano. En otra ocasion mandó tocar á comer, y que fuesen los religiosos al refectorio, no obstante que el dispensero le habia certificado de que no habia ni un bocado de pan. Pero apenas se sentaron, despues de bendecir la mesa, cuando llamaron á la portería; acudió el portero, y encontró una mula cargada de pan y de otros comestibles; y habiéndolos conducido al refectorio, quiso recoger la caballería para cuidarla; mas fué en vano, porque por mas diligencias que practicó para hallarla, jamás pudo encontrar rastro alguno del camino que habia tomado, ni saber de donde habia venido. Seria cosa muy prolija referir todos los portentos que obró la divina omnipotencia en recomendacion de la gran virtud de este santo. Basta saber que llegó á extenderse tanto su fama, que aun en las partes mas re-

motas se encomendaban las personas piadosas a sus oraciones en los mayores conflictos, sin que dejasen las mas veces de conseguir un éxito feliz.

Lleno ya de virtudes y merecimientos, macerado su cuerpo con indécibles penitencias, enriquecido su espíritu con los dones del Espíritu Santo, y habiendo gobernado con admirable rectitud y prudencia hasta consolidar la reforma, quiso Dios llevar á nuestro santo á gozar el premio debido á sus trabajos. En el año de 1456, al principio de la cuaresma, cayó en una enfermedad peligrosa, de la cual luego entendió que habia de morir. Contristábanse sumamente los religiosos por la pérdida de un tan ejemplar y tan santo padre; solo él estaba con el rostro alegre, consolándolos en su justo dolor, y exhortándolos continuamente á la constancia en el rigor comenzado. Uno de los accidentes de su enfermedad era un hastio á todo género de comida, que le hacia casi imposible tomar alimento. Deseoso el médico, por el amor y veneracion que le tenia, de encontrar alguna vianda que le fuese grata, le preguntó un día si comeria una codorniz. Respondió el santo que sí; pero esta respuesta contristó mas á todos, porque en aquel tiempo era poco menos que imposible poder satisfacer su apetito. Pero Dios, que queria glorificar á su siervo de diversas maneras, hizo que al salir el médico del convento, le viniese á la mano una, á la cual acosaba el milano. Cogióla, y se fué muy contento á encontrar al santo, lisonjeándose de que ya habia hallado con que satisfacer su apetito, y prolongar su vida. San Pedro tomó la codorniz, y haciéndola muchas caricias, y componiéndola las plumillas que tenia espeluznadas, dijo: « Preciosa avecita, Dios te ha librado de las uñas crueles de tu enemigo, ¿y será razon que mueras ahora en las mias? No, de ninguna manera; anda y alaba á aquel que te crió,

y que te libró de la muerte. » Y diciendo esto la echó á volar, admirando todos la dulzura de su genio, y aquella generosidad con que preferia la vida de una ave á su propia conveniencia. Entre tanto la enfermedad se iba agravando de modo que conoció que estaba su muerte muy cercana. Dispúsose para ella con el santo sacramento de la confesion, y pidiendo perdon á sus hermanos con muchas lágrimas de los defectos que les pudiesen haber servido de escándalo ó de molestia. Despues recibió con suma devocion el santísimo sacramento de la Eucaristia; y queriendo los religiosos administrarle el de la extremauncion, el santo, que veia con iguales ojos lo presente que lo futuro, les mandó que esperasen á que viniese el obispo de Palencia, que á la sazón era don Pedro de Castilla, sobrino del rey don Pedro, á quien Dios habia inspirado para que fuese á hacerle este último honor. El suceso acreditó la verdad de la profecia; pues de allí á poco llegó el obispo, y le administró la extremauncion. Hecho esto, mandó á sus religiosos que rodeasen la pobre cama en que yacia, y rezasen las oraciones y salmos que para este fin tiene la Iglesia; y mientras ellos, llenos de fervor y anegados en lágrimas, recomendaban el alma de su santo padre, este levantó las manos al cielo, y diciendo, *en tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu*, le entregó en manos de su Criador con suma tranquilidad. Murió el día 30 de marzo del año expresado, y á los sesenta y seis de su edad; y su cuerpo fué sepultado en el sepulcro comun de los demás religiosos, como él lo habia pedido con muchas ansias antes de morir, rezeloso de que los religiosos quisiesen hacerle alguna distincion.

Pero Dios, á cuyo cargo está el cuidar de que sean honrados y venerados sus siervos, le ensalzó con tantos y tan estupendos milagros, que por su mul-

titud no permiten referirse aquí. Muchos que habian muerto violentamente ó de enfermedad, recobraron la vida poniéndose sus cadáveres sobre el sepulcro del santo. Iguales beneficios recibieron cojos, mancos, ciegos, tullidos, apestados, heridos y enfermos de cualquiera peligrosa dolencia; de manera que ninguno llegaba á implorar su proteccion á su sepulcro, que se fuese desconsolado. Un dia se llegó un pobre á pedir limosna al portero, el cual le dijo que no tenia nada para darle. Fué el pobre al sepulcro de san Pedro, y oró así: *¡O santo varon! Si tú vivieras hoy dia, no saldria yo de aqui desconsolado y sin limosna para no perecer de hambre.* Al decir esto, ¡ó misericordia de Dios! se abrió el sepulcro, y alargando el santo la mano, dió un pan á aquel infeliz, que fué por todas partes pregonando la maravilla. A este tenor eran tantas las que Dios obraba por su siervo, que solamente en los seis meses primeros despues de su muerte, se justificaron cierto veinte y ocho milagros, por deposicion de las personas que fueron á dar gracias, ó á presentar sus votos por los beneficios recibidos.

Treinta y seis años permaneció el cuerpo de san Pedro en el lugar humilde en que habia sido enterado; pero fué glorificado con gran copia de milagros, y honrado por el gran concurso de gentes de todas jerarquías que concurrían á implorar su patrocinio y venerar sus reliquias. Reyes, principes, prelados, pueblos enteros se veian ir continuamente publicando la santidad de san Pedro, y pidiendo que su cuerpo fuese trasladado á mas decente sepulcro. Pero esto no se verificó hasta el año de 1492, dia 15 de mayo, en que habiéndose construido un magnifico sepulcro de alabastro de orden de la reina Isabel, en la capilla mayor, al lado del evangelio, se desenterró el sagrado cadáver, y se trasladó allí con gran pompa y

aparato, asistiendo á la procesion la misma reina, muchos obispos y grandes, y el clero y religiosos de los pueblos circunvecinos. Al tiempo de hacer la exhumacion, se hallaba presente la reina Isabel, que á este efecto habia acudido desde Granada despues de su conquista, dejando allá al rey para cuidar de la ciudad, mientras ella daba gracias á Dios por la victoria. Sin embargo de que el lugar en que estaba sepultado era sumamente húmedo, hallaron el cuerpo entero é incorrupto, fresco y flexible, y el olor fragantísimo que exhalaba se difundió por el convento, y aun por los campos vecinos. Admirada la reina de aquella maravilla, y deseosa de que el rey su marido la viese y alabase á Dios en sus santos, mandó que le cortasen una mano para enviársela por reliquia á su esposo. Ejecutóse así, y salió la sangre tan fresca y encarnada como si estuviera vivo, recogióndola en lienzos que empaparon en ella, y que se conservan en el convento de Aguilera entre las mas preciosas reliquias. Con estos portentos creció la fama de su santidad tanto, que hasta los reyes, principes, arzobispos, nuncios apostólicos, y el rey Felipe III, con su esposa Margarita de Austria y el principe heredero, fueron á visitar al santo, é implorar su favor en los sucesos calamitosos, recibiendo siempre los premios debidos á su fe y á tan piadosos actos de religion. No omitieron los religiosos diligencia alguna para justificar en la forma debida, tanto la veneracion y culto que tributaban los fieles á este gran siervo de Dios, como los innumerables prodigios y milagros que por su intercesion hacia Dios cada dia; y hallando el santo padre Urbano VIII que uno y otro correspondia á la informacion que se hizo de sus heróicas virtudes, le declaró santo en 24 de junio del año de 1683. Celébrase su fiesta con officio y misa propia, por decreto de Ino-

cencio XI, expedido á 13 de mayo, que quiso que todos los fieles gozasen el consuelo de tener en el discurso del año un día destinado á la invocacion de este gran penitente, de este ejemplo de prelados y norma de corazones caritativos.

#### MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, la Dedicacion de la iglesia de Santa Maria de los Mártires, hecha por el bienaventurado papa Bonifacio IV, quien, despues de haber purificado este antiguo templo dedicado á todos los dioses con el nombre de Panteon, lo consagró en honor de la bienaventurada siempre Virgen Maria y de todos los mártires, en tiempo del emperador Focas.

En Constantinopla, san Mucio, presbítero y mártir, que, despues de haber padecido mucho por defender el nombre de Jesucristo en la ciudad de Anópolis, bajo el procónsul Laodicio y el emperador Diocleciano, llevado de allí á Bizancio, fué decapitado.

En Heraclea, santa Glicería, nacida en Roma, martirizada en tiempo del emperador Antonino y del presidente Sabino.

En Alejandria, la conmemoracion de muchos santos mártires, que fueron muertos por los Arrianos en la iglesia de san Teonas en odio de la fe católica.

En Maestric, san Servasio, obispo de la iglesia de Tongres, cuyo mérito manifestó Dios, porque cuando toda aquella comarca estaba cubierta de nieve en el invierno, jamás llegó á cuajarse encima de su sepulcro, hasta que los habitantes edificaron sobre él un templo.

En Palestina, san Juan el Silencioso.

En Valladolid, san Pedro Regalado confesor, del orden de Hermanos Menores, restaurador de la disciplina regular en los conventos de España, al cual canonizó el papa Benedicto XIV.

*La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente.*

Deus, qui dilectum famulum tuum Petrum, carne mortificatum, ad delicias gloriae assumere dignatus es: concede propitius, ut ad delectationes, quae in dextera tua sunt usque in finem, meritis ejus et intercessione pervenire valeamus. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que te dignaste llevar á gozar de las delicias de tu gloria á tu amado siervo Pedro, despues de las mortificaciones que en su cuerpo habia sufrido: concédenos, misericordioso Señor, que por sus méritos é intercesion podamos llegar á las eternas delicias que nos teneis preparadas para siempre á vuestra diestra. Por nuestro Señor Jesucristo...

*La epistola es del cap. 31 de la Sabiduria, y la misma del dia XII, pág. 304.*

#### REFLEXIONES.

*Bienaventurado el varon*, dice el Espiritu Santo, *que fué encontrado sin mancha*. ¿Qué diverso lenguaje el que usa Dios del que usa el mundo, cuando se trata de definir la verdadera felicidad de los hombres! Dios llama dicha á todo aquello que por lo comun es mirado del mundo con tedio, con temor, con aborrecimiento. El padecer persecuciones, el estar consumido y abismado por la pobreza, el alimentarse con el pan de la tribulacion y de las lágrimas, en una palabra, el ser objeto de la contradiccion del mundo y de su desprecio, es felicidad y bienaventuranza segun el espíritu de Dios. Así clama de continuo en las sagradas Escrituras: Bienaventurados los pobres, bienaventurados los que lloran, bienaventurados los que son perseguidos, y bienaventurados los que fueron hallados sin mancha. Por el contrario, el mundo no encuentra felicidad sino en las riquezas, en los deleites, en los pasatiempos, y en un tenor de vida libre de toda mortificacion y